

La vulnerabilidad de la cuarentena

¡Quédate en casa! Se lee y se escucha en todos lados; a veces con miedo, a veces como petición, otras con desesperación e incluso algunas con ritmo y gracia. Desde marzo 23 estamos en cuarentena por un virus llamado COVID19; se han dicho muchas cosas, ciertas e inciertas: que es derivado del murciélago, que fue descubierto en la provincia de Wuhan, China. En diciembre del 2019 se supo de él, pero nadie jamás dimensionó el gran daño que causaría en tan sólo unos meses, de iniciar en una provincia a llegar a todos los países del planeta, contagiando a cada humano sin importar condición económica, raza, edad o cualquier característica en la cual nos hemos empeñado en mostrar distinción.

Esta nueva enfermedad, por un lado, nos ha hecho enfrentarnos con nuestros propios demonios, mostrándonos cuán importante es la salud mental y la estabilidad emocional personal, entender no sólo a la depresión, ansiedad o estrés sino a las personas que viven con ello. La convivencia tan extenuante con la familia ha ocasionado en muchos casos unión y descubrimiento de nuevas habilidades, pero en otros no tan afortunados, el encierro en un infierno causado por la violencia, el abuso y los malos hábitos sin dejar de lado el machismo el cual impera en nuestra sociedad y pese a la cuarentena, ha cobrado varias vidas. Pareciera que sale a luz la fragilidad del ser humano, no sólo en el ámbito físico, sino también en el mental y emocional.

Por otro lado, no puedo dejar de pensar: "sí tan sólo hubiéramos puesto un poco más de atención a lo que sucedía en otros países". Imágenes llegaron por medio de redes sociales, parecían sacadas de cualquier película apocalíptica donde los humanos no existían más, de a poco comenzaron a avistarse animales recorriendo calles, avenidas, plazas y en el caso de Venecia, canales que gracias a

la desaparición momentánea de las personas se encontraban más limpios. Una gran lección del cómo el ser humano es una amenaza para otras especies e incluso para la especie misma.

A 74 días de confinamiento, es difícil pensar en regresar a lo que fue la normalidad y dejar atrás una vida que ya no existe para comenzar a reinterpretar la nueva realidad; en el fondo sabemos que todo aquello que hacíamos, todo aquello que fue nuestra vida, ya no existe más. Es tan moldeable la realidad, que cualquier suceso, en este caso de gran impacto, puede modificarla, no estábamos preparados para cambiar radicalmente nuestra vida y el miedo nos ha dominado.

Las enseñanzas que esta contingencia me ha dejado son muy claras: ser mejor humano, valorar la naturaleza y replantearme qué tipo de mundo es en el que quiero vivir y cómo puedo hacer para mejorarlo.

Aide Colunga

Testimonio

Estudiante

Comunicación social